

Domingo 26º. Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Mt 21,28-32

Aunque demos por supuesto que Dios nos habla en el evangelio, no estoy seguro de que nos hayamos reparado en la dureza de las palabras que Jesús dirigió un día a los autoridades de su tiempo. Seguro que ellos quedaron alarmados, si es que no profundamente ofendidos, al oír que *'publicanos y prostitutas les llevaban la delantera en el camino del Reino de Dios'* ¿Con qué derecho se atrevía Jesús a afirmar que conocidos pecadores estén más cerca de Dios que sus fieles más piadosos? ¿De qué sirve, entonces, empeñarse en ser bueno, si los malos van a ser preferidos? No se habrá equivocado Jesús, dando por descontado que el pecador precede al justo en el camino hacia Dios?

En aquel tiempo, dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:

²⁸«¿Qué os parece?

Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: "Hijo, ve hoy a trabajar en la viña." ²⁹Él le contestó: "No quiero." Pero después recapacitó y fue.

³⁰*Se acercó al segundo y le dijo lo mismo. Él le contestó: "Voy, señor." Pero no fue.*

³¹¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?»

Contestaron:

«El primero.»

Jesús les dijo:

«Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del reino de Dios.

³²*Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia, y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no recapacitasteis ni le creísteis.»*

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

Para entender la parábola y, sobre todo, su aplicación hay que tener presente la ocasión, y el motivo, que la provocó. Jesús había entrado en Jerusalén triunfalmente (Mt 21, 8-11) e, inmediatamente, se había presentado en el Templo con un insólito gesto: la expulsión de los comerciantes provocó, lógicamente, la pregunta sobre el origen de semejante autoridad (Mt 21,23). Jesús acalla a sus querellantes, preguntándoles sobre el Bautista y su misión. Y llena el silencio de sus antagonistas con una parábola (Mt 21,28-31a) y su aplicación (Mt 21,31b-32). Más que en la parábola, es en el comentario final donde hay que encontrar la clave de comprensión del episodio, que, si se logra captar, es tan desconcertante como ofensiva los oyentes de Jesús, que eran las legítimas autoridades de su pueblo.

La parábola se basa en un hecho de experiencia: en el seno de una familia no siempre se respeta el honor debido al padre, a quien los hijos deben obediencia; es, precisamente, el ejercicio de la obediencia filial lo que distingue el hijo del siervo. En la familia imaginada sólo un hijo lo es, quien no estaba dispuesto al principio a hacer el querer de su padre, pero terminó haciéndolo. Ser hijo no es decir sí, ni no, al padre, sino hacer su voluntad trabajando en su viña: *obras son amores...* Una conclusión tan obvia sería fácilmente ratificada por los interlocutores de Jesús.

Lo cual, y para su sorpresa y rabia, los condenaba sin apelación. Los que han dicho que no a Dios, los que viven públicamente en pecado, son primeros en el camino hacia Dios. Esta subversión de las expectativas de los 'buenos' es aún más gratuita e insoportable, porque lo que decidirá la proximidad con Dios y la certeza de alcanzarlo había sido la aceptación del mensaje del Bautista. No importó que no fueran dignos, a los pecadores públicos les bastó con creer al mensajero de Dios para que El los considerara suyos, primeros entre los suyos. ¡Si al menos ver esto sirviera a 'los justos' para convertirse y creer!

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Jesús compara a Dios con el padre que tenía dos hijos, uno, aparentemente desobediente, y el otro, bien dispuesto, sólo en apariencia. La pregunta de Jesús a los jefes judíos es superflua: de sobra saben que sólo quien hace el querer del padre es quien de verdad lo quiere como hijo. La aplicación que sigue no podía ser más dura: los que son malos van a ir delante de los que se creen buenos; los que todos reconocen como pecadores entrarán en el reino de Dios antes que los que todos estimaban como santos. No hacer el mal no hace bueno a nadie, si evita hacer lo que Dios quiere de uno. Quien rehúse a convertirse sólo porque no lo cree necesario, o porque no se siente todavía dispuesto, no se librará de la condena. La advertencia sigue en pie: nadie es demasiado bueno para Dios por lo que dice, sino si hace su voluntad. Para actuar como hijos de Dios hay que hacer lo que dice el Padre que está en los cielos.

Para entender la posición de Jesús, hay que verla como comentario a la parábola que acababa de contar: un hombre desea de sus dos hijos que trabajen en su viña un día; curiosamente, quien en un principio se niega a secundar la orden, es el único que acaba por cumplirla; en cambio, quien con prontitud se declaró dispuesto a ir a la viña, no se

molestaría después en presentarse a trabajar. El padre que poseía una viña podía tener dos hijos, pero sólo contaba, en realidad, con uno, aquel que, a pesar de las apariencias y en contra de su primera decisión, hizo lo que su padre quería de él. El verdadero hijo se autenticó como tal no por cuanto dijo a su padre, sino por hacer lo que él le pidió. Esta es la historia que contó Jesús. Tras ella, su pregunta a los jefes judíos era superflua: de sobra sabemos que sólo quien hace el querer del padre es quien lo quiere de veras; hijo es quien obedece libremente al padre. Es verdad que quien rehusó a seguir el mandato paterno ofendió a su padre, pues le faltó al respeto negándole la obediencia filial; pero su falta primera no le llevó a faltar al trabajo en la viña, que es lo que su padre deseaba de él. Más grave, sin duda, fue la falta de quien prometió ir y no fue: aceptando la orden, no le faltó al respeto; pero no presentándose al trabajo, faltó a su palabra empeñada y ofendió a su padre doblemente. Ambos hijos dijeron una cosa, e hicieron la contraria; pero el único que contrarió al padre fue el que no hizo lo que se había comprometido a hacer: si grave es negarse a un deseo paterno, más imperdonable aún es dejar de hacer lo que le hemos prometido. El Dios de Jesús soporta mejor en sus fieles una negativa que la omisión, perdona más fácilmente una mala palabra o un gesto desabrido que el desconocimiento de su voluntad.

En el drama del padre viñador, Jesús ha querido reflejar el drama de Dios con nosotros, sus hijos: también Él tiene hijos que se conforman con decirse dispuestos a obedecerle, e hijos que, tras haberse muchas veces negado, acaban por hacer lo que de ellos quiere. Y es aquí donde tiene sentido la afirmación de Jesús sobre la preferencia de Dios por los malos en apariencia y la prioridad que gozarán en su reino sobre los aparentemente buenos. Hay que tomar en serio la advertencia de Jesús: los que todos reconocen como pecadores entrarán en el reino de Dios antes que los que todos estimaban como santos. Para el Dios de Jesús no son buenos los que se lo creen, sólo porque se repiten a sí mismos todos los días y todo el día le prometen a Dios que harán un día cuanto Él desea de ellos. Prometer que mañana seremos mejores no nos hace buenos hoy; la bondad que Dios quiere ver en los suyos radica en las obras buenas que se hacen y no en las que se prometen.

Con Dios, como con el padre de la parábola, no basta la buena voluntad ni los mejores deseos. No es buen hijo el que deja para otro día lo que Dios quiere que realice hoy. No nos hacen mejores las obras que hayamos prometido, por buenas que sean, sino las que ya hemos realizado, aunque no sean las mejores. Dios perdonará todas nuestras anteriores negaciones siempre que, al final, terminemos por hacer lo que desea de nosotros. Nadie es demasiado bueno para Dios por lo que dice; será bueno de verdad quien haga su voluntad; y por eso, porque Dios valora lo que hacemos más que cuanto le decimos, porque no se fija en si le respondemos mal, sino en si hacemos bien lo que nos mandó, pueden seguir estando hoy pecadores y prostitutas mejor situados que nosotros ante Dios y más cercanos a su Reino. Puede parecer incluso mentira..., pero es lo que afirmó Jesús.

Si los que creemos malos pueden ser preferidos, y los buenos de toda la vida postergados, no hay pecado que no pueda ser perdonado hoy - y ello es estupendo - , ni bondad comprobada que no pueda ser perdida para siempre. Jesús hoy nos consuela - ¡y cómo! -, si nos sentimos en falta con Dios, pero no nos falta voluntad para satisfacer sus deseos. Pero nos advierte, y muy en serio, si nos sentimos en paz con nosotros mismos, a pesar de no haber cumplido lo que le prometimos hacer: no vivir siempre a la altura de su querer, haberse negado alguna vez, muchas incluso, a hacer su voluntad, no tiene por qué ser una desgracia irremediable, si tomamos sus deseos ya sabidos como quehacer de nuestra vida y volvemos al trabajo que nos asignó como padre. ¡Auténtica desgracia sería, si persistiéramos en nuestra actitud de 'buenos' cristianos de evitar hacer con las manos lo que le decimos con los labios!. El hijo malo no fue quien mal le respondió, sino quien no se presentó a realizar el deseo del padre.

Es bien curioso que Jesús pida conversión a los que nos creemos ya buenos, y elogie a cuantos todos estimaríamos peores. Y es que sólo los que se saben indignos de su Dios, pueden iniciar el camino de vuelta hacia Él. Cuantos, en cambio, se ilusionan con merecerlo ya, poco harán por ir a su encuentro; quien piensa tener a Dios a su disposición, no piensa en ponerse a buscarlo; dar por supuesto que pertenecemos a Dios, que Él nos pertenece, puede ser la forma más eficaz de perderlo. Como en los días de Juan el Bautista, los que conocían sus faltas y sabían de su pecado, reconocieron a Dios en sus vidas y se supieron por Él amados.

Nos estamos perdiendo lo mejor de Dios, sólo porque nos creemos ya suficientemente buenos: por sabernos ya hijos suyos nos sentimos libres para no hacer su voluntad; estamos tan acostumbrados a desairarle, que no reparamos en el mal que le hacemos; si poco nos duele que Dios no pueda contar con nosotros, mientras nada nos cueste negarnos a su querer, seguirán adelantándonos en su reino, nuestro hogar, los que nos parecían peores que nosotros. Con su afirmación Jesús no quiso elogiar a los malos, deseó advertir a los que nos creemos ya buenos: el padre quiso enviar a su viña a sus dos hijos; Dios exige conversión de todos sus hijos, malos y buenos; y sólo le satisface aquel que, bueno o malo, hace su querer. Por el hecho de que Él sea nuestro Padre, no podemos ilusionarnos con hacer lo que nos da la gana: creerse que no merecemos a Dios es una buena manera de perderlo para siempre. Que Dios sea nuestro Padre, no nos convierte automáticamente en sus hijos predilectos. Tengámoslo en cuenta: nos jugamos su amor paterno y nuestra salvación.